



© Vanesa García Lana

EN LA CABAÑA,
ENTORNO LA VENTANA.
VIENTO EN MIS MANOS.

LA VENTANA Y EL BOSQUE

CUANDO LLEGUÉ A ESTE BOSQUE, soñaba con tener una ventana desde donde contemplarlo, como un marco perfecto donde él era él, y yo, una observadora curiosa y ansiosa por acariciar sus procesos. Una ventana enmarcada en una construcción pedregosa tras la que cobijarme, guarecerme y curar mis heridas. Una ventana que me permitiera no solo divisar, sino también extender mi mano y acariciar el tacto de limbo y estoma de las hojas de algún árbol. Ahora, después de algo más de un año, la ventana que me separaba del bosque se ha difuminado, ya no puedo distinguir sus contornos con precisión. No tengo claro cómo lo he hecho, pero la he atravesado rotundamente para fusionarme con la imbricada y compleja masa forestal. El bosque ahora está en mí.

De pronto, echar la vista atrás y recordar los motivos que me empujaron en mi desafortada huida me hace ver lo sucedido como una vieja película que, de tan gastada que

está, ha dejado de tener un peso relevante en mi presente. Pero al rememorar con detalle lo vivido, aún se me eriza el vello. Si cierro los ojos, puedo regresar brevemente hasta aquella insana convivencia con mi hermano y mi sobrino, a la operación de rodilla que me llevó a estar durante meses incapacitada, empujándome al precipicio de la pérdida de mi empleo. En verdad, aún duele pensar en la desatención y la soledad de una vida que me lastró hasta el punto de hacerme romper con todo lo conocido para poner rumbo al bosque y alejarme así de todo y de todos, sin saber aún que, de mis sombras, me sería imposible esconderme. Aquí, en la inmediatez y la inmensidad del bosque, tuve que hacerles frente para poner paz en el alma tremendamente castigada que me habitaba por entonces.

Un miércoles a mediados de abril dio comienzo la desventura. Fue un día lluvioso, como si el agua se hubiera empeñado en enturbiar aún más la experiencia del éxodo. Así llegué al bosque, con una mochila y un carrito de la compra cargados hasta los topes que arrastré hasta mi nuevo hogar: una cabaña de piedra en ruinas habitada por una multitud de insectos y un ratón de campo. Una choza destartalada situada en un robledal a unos nueve kilómetros del pueblo más cercano.

Cuando llegué a la desvencijada morada, despejé y limpié la estancia para luego, sin perder tiempo, comenzar con las labores de bricolaje. Y aunque en aquellos tiempos mis conocimientos, destrezas y herramientas eran más bien pocos, la voluntad de permanecer fue un motor incombustible para afianzarme en el entorno y hacerme un hueco entre tanto

árbol y bichejo. Así llegó la puerta zarza que me ocultó por bastante tiempo de los senderistas que transitaban por la frecuentada ruta que transcurre justo por delante de la cabaña. Poco a poco, lo que en su día había sido una ruina se fue convirtiendo en hogar. Algo pintoresco, lo sé; pero hogar.

Cómo olvidar también el primer día que, un mes después de llegar aquí, tuve que hacer una incursión al pueblo para proveer de víveres mi despensa y hacerme con utensilios tan curiosos como el gran barreño, que me regalaría momentos de gozo a modo de apretada bañera, porque el frío — al que aún no me he acostumbrado del todo — se colaba en esa época de forma contundente por las entrañas del viejo chamizo, así que, de tanto en tanto, calentar agua y sumergirme en el líquido canicular fue, en parte, lo que consiguió que no deambularan por mi mente tentaciones de tirar la toalla y regresar a la ciudad.

En los comienzos de una estancia, la vida está llena de primeras cosas, lo que hace que la experiencia se vista de novedad de forma constante, y con ello se expresa la oportuna adaptación a todas esas novedades. El factor sorpresa, entonces, lo inunda todo: cada vivencia, cada observación, cada delirio invocado por los olores, los sonidos, las texturas en roce de una mano sedienta de transformación, las muestras que la vida recién llegada entrega con determinación. Así fue como llegó Mirlo a mi vida, el pequeño e indiscreto zorro que encontré atrapado en una vieja malla ovejera. Pese al encontronazo con mordisco incluido que me propinó al liberarlo de su enredo, con el tiempo su presencia constante y su compañía fueron determinantes para

mi ánimo, pues me ayudaron a combatir y afrontar esa soledad buscada en la que me había aventurado.

Poco a poco, en esa primera época de *bosqueadora* la rutina se fue estableciendo y pude encontrar momentos de relax y ocio: el baño matinal en la cascada, los ratos pintando mis acuarelas, picar leña, recomponer la cabaña, traer agua, trabajar en el pequeño huerto... Recuerdo cómo esos hábitos fueron el vendaje de mi alma dolorida y hostigada. Incluso los primeros y pequeños ingresos vendiendo las acuarelas son ahora una memoria que siento lejana, pero tan intensamente bella al convocar mi valía que, aún de vez en cuando, me siento bajo el gran castaño a pintar, como si retener esa costumbre me ayudase a conservar y alimentar las cualidades que comenzaron a despuntar en mí en aquellos meses.

El bosque me mantuvo oculta por un tiempo, pero siempre supe que, tarde o temprano, llegaría al pueblo el cuchicheo acerca de una mujer misteriosa pintando acuarelas en la senda que va a la cascada. Al principio, quería vivir oculta indefinidamente; soñaba con prolongar mi tapadera hasta el fin de los tiempos. Pero, de haberlo conseguido, jamás habría conocido a Anselmo, ese hombretón entrado en la setentena, de semblante amable, preguntón y ligeramente entrometido que no dudó en corroborar su fina intuición al encontrarme habitando la pequeña cabaña que había sido de su familia en otros tiempos y que le pertenecía; y quien, lejos de echarme con viento fresco, me ofreció ayuda, de manera que la cabaña mejoró sustancialmente sus adentros, y a mí me fue devolviendo poco a poco la fe

en la bondad de mi propia especie. Hoy es mucho más que un amigo. Y no diré que es familia, porque la experiencia me ha sugerido que la familia es un núcleo a veces insano o, como poco, extraño, en el que las personas a menudo se ven obligadas a compartir experiencias con ciertos grados de tirantez y compromiso; así que nunca usaría esta palabra para describir una relación tan lozana, sana y hermosa. Anselmo es, sin más — y sin menos —, *de los míos*: un amigo sin condición. Con Anselmo llegó la puerta y llegó la ventana, la calidez y el sentirme de nuevo humana.

En mis recuerdos se mezclan los momentos en los que el jabalí, protegiendo a los suyos, me atacó — *furacando* mi muslo — con mis visitas a Rosario, la médica del pueblo — hoy, también una buena amiga — ; la aventura de rescatar al corzo de la sima en invierno; los días tejiendo cestos; las ricas visitas a la biblioteca; la pericia de encontrar por dónde se colaba Señor Ratón en la cabaña; mis paseos en busca de plantas silvestres; las siestas bajo los grandes tejos... Todo eso y más ha construido este año que dejo atrás. Cuando me siento con una taza de café en el espacio aterrazado de mi cabaña, el *ave fénix* — me encanta ponerle nombre a todo —, siento increíble todo lo que hice con mis manos y buenas dosis de voluntad, reconociendo también que, sin la ayuda de un pueblo entregado a la acogida, esta experiencia, como poco, se hubiera sentido inconclusa, por lo que el agradecimiento es el pan con el que me levanto cada mañana: un recordatorio de que ninguno de nosotros somos del todo independientes, pues la experiencia de estar vivo se acrecienta y enriquece con la colaboración.